

INCENDIO DE LA MINA DE QUEBRADILLA.

Hace largo tiempo que tengo intención de hablar en estos artículos de alguna catástrofe minera, y desde entonces no he dejado de minar en busca de materiales para satisfacer este propósito. Confieso ingenuamente que he elegido mal el asunto, porque sería más grato para los lectores el relato de un descubrimiento mineral cualquiera, que la relación de un siniestro pavoroso; pero deseo dar á conocer algunas de las buenas, de las bellas cualidades de los mineros, y para esto era preciso verles en presencia de un gran peligro, en el que tengan ocasión de estimularse mutuamente con sus acciones generosas y magnánimas.

Es proverbial la liberalidad y desprendimiento de los mineros para con todo el mundo, lo mismo que el espíritu de concordia y buena armonía que domina entre todos los del gremio. En los grandes centros minerales se prestan auxilios mutuos y desinteresados todas las negociaciones mineras: es muy común ver en las memorias semanarias de las minas y haciendas de beneficio algunas partidas de efectos ó materiales vendidos á precio de costo, y tales partidas no son sino servicios prestados á los vecinos, de todos aquellos artículos que necesitan para la continuación de sus trabajos. Cuando por algún accidente imprevisto, como el aumento del agua en las minas ó la epidemia en los animales, necesita algunos caballos una negociación, los consigue fácilmente

prestados en la vecindad hasta que se reponen los suyos ó compra nuevos.

Un amigo mío decía con bastante propiedad: "Estamos tan acostumbrados los mineros á luchar diariamente con dificultades, que cuando no las tengamos debemos crearlas para no morirnos de ictericia." Y en verdad que tenía razón, porque la vida del minero es demasiado azarosa, no sólo por las graves dificultades con que constantemente lucha, sino también por los peligros á que se expone con frecuencia: la naturaleza no se deja escudriñar impunemente las entrañas, y resiste esta atrevida é impudente violación con todo el poder de sus fuerzas formidables, siendo de notar que no pocas veces triunfa de sus adversarios ahogándolos por centenares en su seno con gases mefíticos ó por medio de derrumbes espantosos.

En comprobación de las ideas que acabo de expresar, voy á referir un suceso lamentable ocurrido en la Negociación de Quebradilla, en Zacatecas.

El día 10 de Junio de 1871 fué en extremo aciago para aquella ciudad, por la pérdida inmensa que sufrió con la muerte violenta de algunos de sus mejores hijos.

Era Director de la Negociación Minera de Quebradilla el apreciable Ingeniero de Minas D. Joaquín M. Ramos, y dormía tranquilamente en su habitación á las dos de la mañana del día citado, cuando le despertó violentamente el cajonero mayor con la noticia de que había fuego en las minas, pues comenzaba á salir el humo por el tiro general. La primera idea del Director fué, como era natural, la de salvar al pueblo que estaba trabajando en los planes, compuesto de doscientos cincuenta hombres. Con este fin laudable reunió violentamente los dependientes y operarios de que pudo disponer, los dividió en dos grupos y los mandó por distintos caminos, con órdenes terminantes de favorecer con todo empeño la salida de los barreteros y peones y procurar después sofocar el incendio con los paleros y sus peones. Dadas es-

tas órdenes, el Sr. Ramos bajó también á la mina con presteza, acompañado únicamente de un velador, porque el *Zorra* no estaba presente, pues sólo asistía de día á su trabajo.

El grupo que dirigía el jóven Ingeniero de Minas D. Agustín Calderón, Minero de la Empresa, tomó el camino de Tecolotes; el segundo grupo mandado por el Palero mayor, marchaba por el camino de Mirtos; mientras que el atrevido Director bajaba á toda prisa por el del Patrocinio, con la esperanza de llegar á los planes á tiempo de evitar la catástrofe; pero el humo y los gases mefíticos producidos por aquel incendio formidable iban invadiendo á toda prisa los altos, por lo que le fué imposible seguir el camino que llevaba: al regresar para tomar el de Tecolotes, se encontró con el Minero de cuarto, Briseño, que le buscaba para avisarle que también aquel camino estaba ocupado por los gases mortíferos. En circunstancias tan críticas no perdió su sangre fría el entendido y enérgico Director, y sabiendo por Briseño que en la ventanilla de las Mercedes, en el tiro general, existía un grupo numeroso de paleros y peones, se dirigió allá, formó inmediatamente dos expediciones, disponiendo que el Palero Godina marchase con una á atacar el incendio por el camino de los Cuates, en tanto que el mismo Sr. Ramos bajaba con la otra por el tiro general á auxiliar á los destajeros y demás operarios que no habían logrado escapar. Con muchos trabajos y reunido ya á Godina y sus operarios, pudo llegar el Director á las cercanías del incendio, donde fueron detenidos todos por las corrientes de gases deletéreos que surgían en abundancia del foco de combustión. Hizo alto allí el Jefe de la expedición y ordenó á su gente que levantase una trinchera enlamada para impedir que los gases invadiesen las labores de Santa Ana, en las cuales quedaban algunos trabajadores; más no bien habían comenzado aquellos hombres esta tarea de cíclopes, cuando empezaron á fatigarse demasiado y á sentir los síntomas de la asfixia, sin que fuesen bastantes á impedirlo las medicinas que llevaban

preparadas. En aquellos momentos de angustia suprema y cuando se iban concluyendo ya los antidotos, ordenó el Sr. Ramos la retirada, siendo él el último que emprendió esta marcha de retroceso, del mismo modo que lo hace un Jefe militar pundonoroso cuando lleva el enemigo á retaguardia, ó el intrépido Capitán de un buque que ve con la más honda tristeza naufragar su nave querida. La naturaleza iba triunfando violentamente de la ciencia en aquella lucha gigantesca; y el denodado campeón minero sucumbió al fin, ante el poder indomable de aquellos fluidos elásticos, desplomándose sin sentido. En estos terribles momentos un gambusino experto y valeroso, el intrépido Briseño, tomó en brazos el cuerpo inerte de su Jefe, y ligero como un gamo, saltando sobre las muescas de las escaleras, le sacó al exterior y depositándole á los pies del Dr. Ignacio Hierro, Ingeniero de Minas también y amigo íntimo del enfermo, dijo estas sentidas palabras con los ojos arrasados en lágrimas: "*ya yo lo saqué; ¡ahora sálvelo usted, por Dios!*"

Eran las nueve de la mañana: en el patio de la mina había algunos operarios desmayados, asistidos á porfía por todos los médicos de la ciudad que, con una diligencia y abnegación ejemplares, ocurrieron á prestar sus valiosos servicios. La ciudad toda estaba conmovida y en una agitación constante; las autoridades superiores se hallaban en la Negociación de Quebradilla prestando los auxilios necesarios en tan críticas circunstancias; y de todas partes afluían mineros, paleros y mandones pidiendo á gritos que se les permitiera penetrar á la mina para salvar á sus compañeros; pero las autoridades ya no permitían la entrada á la bartolina, porque habían visto que todos los que entraron antes habían muerto ó estaban agonizando.

A las diez llegó el distinguido Ingeniero de Minas D. Francisco J. Lavista, hermano del Dr. D. Rafael, honra y prez de la Facultad de México, y poniéndose el traje de minas se dispuso á bajar acompañado de su *Zorra*. La autori-

dad y los médicos le hicieron algunas observaciones; pero era tanto y tan legítimo su prestigio, y tanta su entereza é intrepidez, que todos le dejaron el paso franco, como se hace siempre con un ser superior que va resueltamente á su destino: un centenar de operarios entendidos y valientes quisieron acompañarle, porque le querían con idolatría; pero él no permitió que lo hicieran más que el jóven Ingeniero Agustín Calderón, el Palero Mayor de San Acacio, Molina, y unos seis hombres más, mineros aguerridos. Aquel pequeño grupo de valientes llegó hasta donde no habían llegado los anteriores, esto es, hasta el piso inferior del pozo de Santa Ana, donde fué herido mortalmente el Sr. Lavista, lo mismo que algunos de sus compañeros, por los gases deletéreos. El denodado Molina, ese minero audaz, cuyo arrojo é intrepidez he tenido ocasión de admirar algunas veces, tomó en brazos con fraternal cariño aquel cuerpo inanimado y echó á correr con su preciosa carga hasta el exterior, donde cayó él también, sin sentido, á pesar de ser un doble atleta, por su musculatura hercúlea y su carácter levantado y enérgico. El jóven Calderón cayó en brazos de otro gambusino simpático, cuyo nombre he olvidado; más estos sucumbieron también, lo mismo que todos los que les acompañaban.

Había á la sazón en Zacatecas dos inteligentes ingenieros de minas, de origen francés, D. Gabriel Estrader y D. Enrique Tener, los cuales se presentaron solícitos á ofrecer sus servicios á la Negociación desde las primeras horas de la mañana; y como un merecido homenaje á la justicia debo decir que hicieron repetidas instancias para que se les dejase bajar á las minas, lo que no se les permitió por su falta de conocimiento de la localidad.

A las seis de la tarde se mandó suspender todo trabajo en las minas; se hizo despejar los patios á las familias que á grito herido lamentaban su orfandad; y se verificó el examen de las víctimas: eran treinta y una, entre las que se contaban

los ilustrados Ingenieros Lavista y Calderón, un Palero mayor, el Zorra y otros mineros cuyos nombres no recuerdo.

El pueblo todo, aquellos doscientos cincuenta hombres que trabajaban en los planes, y cuya salvación era la idea dominante de los valientes que sucumbieron en la tremenda lucha, se escapó desde las primeras horas de la mañana por un camino que había en la parte vieja de la mina, sólo que como los operarios estaban desvelados, cansados y medrosos se retiraron para sus casas sin dar parte á la Dirección.

Los funerales de los Sres. Lavista y Calderón se verificaron el día 14, con toda solemnidad, en la Capilla de la Hacienda de Bernardes, propiedad del apreciable minero Don Román C. Ortiz. Reunida la numerosa comitiva de duelo en la Mina de Quebradilla, se dirigió á las cuatro de la tarde para la Capilla, donde tuvo lugar la conmovedora ceremonia religiosa: terminada ésta se llevaron los preciosos restos mortales á la fosa en que debían ser depositados, pronunciando en aquel acto el Sr. Lic. Eduardo Pankhurst una oración fúnebre, expresión genuina del sentimiento general causado por la muerte prematura de aquellas víctimas, que se sacrificaron valerosamente en aras de la filantropía por salvar la vida de sus hermanos.

UN CAMPESINO EN LA MINA DE BELEÑA.

Inmediata al fomoso Mineral de Fresnillo existe una aldea de corta extensión y más cortos recursos, en la que á duras penas vive, á borde de la miseria, una docena de familias.

Los labriegos se ocupan en el cultivo de pequeñas labores de secano, ruines en demasía, que año tras año van dejando burladas las más lisonjeras esperanzas de sus dueños por lo exiguo de sus cosechas.

En este poblacho y en miserable cabaña vivía una infeliz viuda, agobiada bajo la doble pesadumbre de sus penas y de sus años y mal amparada por un mocetón, hijo suyo, de carácter uraño y levantisco, de rústicas maneras, y muy pagado de sí mismo por su robusta musculatura: poco aficionado al trabajo solía andar á la que salta; por lo cual su madre, que era bien intencionada, le reñía con frecuencia; y como *donde no hay harina, todo es mohina*, aquella pobre cabaña era un semillero de disgustos.

El palurdo andaba á picos pardos con una mejerzuela de no malos bigotes, pero de su misma calaña, algo ligera de cascos; y ya fuese por celos de las aldeanas ó porque las mujeres de los cortijos son como *los perros de Zurita, que no teniendo á quien morder, uno á otro se mordían*, lo cierto es que todas andaban á la greña por causa de aquellos amoríos.

Una tarde en que el galán estaba pelando la pava con la labriega, á través de una cerca de nopales, acertó á pasar

por allí la anciana y no pudiendo contener su indignación descargó una andanada de injurias sobre la mujerzuela, la cual le contestó á boca llena. El paleta se interpuso entre ambas mujeres y llevó á remolque á su madre hasta su casa: allí se armó la gorda; la infeliz anciana dijo tales cosas al mozo que este la amenazó con largarse del lugar para donde jamás volviese á verle.

Emprendió luego á pie la marcha para Fresnillo, á cuya ciudad llegó en la noche cansado y mohino: al día siguiente se ocupó en tomar algunos informes sobre cómo podría hallar trabajo; así pasó algunos días hasta que tropezó de manos á boca con otro labriego amigo suyo, que llevaba algún tiempo de vivir en la población, quien le aconsejó que se presentase en la mina de Beleña en la cual faltaban operarios.

Era á mediados del año de 1866, cuando se presentó el labriego una mañana en el patio de Beleña, donde fué preguntado por un minero si quería trabajar de peón, y habiendo contestado afirmativamente, sin saber lo que decía, tomó razón de su nombre el rayador y le incorporó al pueble; con el cual bajó el ganapán con mil trabajos, hasta los planes de la mina, entre las pullas y cuchufletas de los ladinos operarios que le motejaban su torpeza. Apenas sintió bajo sus pies la tierra firme se echó sobre ella cuan largo era, resoplando con todas sus fuerzas: había en su derredor algunos operarios jacareando á más y mejor, hasta que llegó al corrillo un minero de cuarto quien despidió á los jacareros y cuando se quedó solo con el aldeano le dijo con acento compasivo.

—Pero, hombre, ¿cómo se atreve usted á bajar así á las minas, sin haberlas visto nunca?

—Señor, ¡perdóneme usted por Dios! no sabía yo lo que eran minas. Si usted no me ampara creo que me voy á morir aquí.

—¡Qué se ha de morir! Ni aunque fuéramos unas fieras. Usted esta hoy incapaz de trabajar; véngase por aquí para que nadie le moleste.

—¡Si no puedo moverme!

Tomó el minero al paleta por los brazos y le llevó á un cañón inmediato, diciéndole:

—Quédese usted aquí; coma y descanse, que yo vendré por usted cuando termine la faena.

—¡Si no tengo qué comer!

El minero le dió algunas tortas de maíz con chile y frijoles, le dejó un calabacino con agua y dos velas de sebo, recomendándole de nuevo que no se apartase de aquel lugar.

Al labriego le supo á gloria aquel refrigerio; y como estaba cansado y desvelado, durmió como un lirón: cuando despertó quiso satisfacer una necesidad imperiosa, tomó el cabo de vela que estaba ardiendo y se echó á andar por aquellos vericuetos en busca de un sitio á propósito. A medida que iba avanzando veía pozos, derrumbaderos, hondos precipicios que le dejaban estupefacto y horrorizado: quiso volver al punto de partida, pero se le acabó la luz ¡se había consumido la vela! Ahí se dejó caer el infeliz desfallecido y casi muerto de terror. Entonces se acordó de su pobre y anciana madre y sintió honda pena y crueles remordimientos por los disgustos que le había causado: lloró á lágrima viva sus descarríos, implorando á grito herido el perdón de sus culpas de la Misericordia Divina y fué tanto su pesar y tan intenso el miedo que sentía que se quedó desmayado. Vuelto en sí, en medio de aquella espantosa oscuridad, creyendo ver dragones y endriagos horribles en su derredor, siguió sus fervorosas súplicas á la Divinidad deshecho en llanto de amargura; pero pasaba el tiempo, sin que el infeliz se apercibiese de ello, y sobre los crueles dolores morales que estaba sufriendo, sintió los físicos más agudos del hambre y la sed. Secas enteramente las fauces, sintiendo ya los síntomas de la rabia, oyó el ruido acompasado y monótono que hacía una gota de agua al caer sobre la roca: entonces se incorporó y arrastrándose en cuclillas, con gran cuidado, llegó hasta donde caía aquella gota bendecida; puso sobre aquel sitio la boca abierta y

empezó á saborear el dulce consuelo de tan deliciosa humedad. No había aún satisfecho su ardiente sed, cuando sintió de nuevo los dolores intensos del hambre y como *á buen hambre no hay pan duro, ni falta salza á ninguno*, aturdido y casi loco se quitó un huarache y comenzó á morder desesperadamente la correa con que estaba sujeto al pie: así, á fuerza de masticar constantemente aquella piel tan dura, como que era de buey, lograba ablandarla y se la iba tragando en pequeños trozos. Concluídas las correas siguió con los huaraches, los que ponía de modo que fuesen recibiendo la gota de agua, para masticar después los trozos humedecidos hasta que lograba deglutirlos: del mismo modo devoró el sombrero de petate. No sabía el desdichado cuánto tiempo había transcurrido desde que por sus grandes pecados bajó á la mina, y crecían sus penas y se ahondaba su angustia al ver que menguaban aceleradamente sus fuerzas, se había consumido el último pedazo de cuero que le servía de alimento y ningún ser humano se presentaba á prestarle auxilio. Ocurrió de nuevo á la Providencia en demanda de socorro; pidióle con sentidas frases, sinceras y fervorosas, que le diese protección y ayuda en aquel trance supremo, ofreciéndole de todo corazón que sería buen hijo y mejor cristiano y selló con abundantes lágrimas esta ardiente y sencilla plegaria, quedando después en un estado de sopor y anonadamiento inexplicable.

Pasado este letargo comenzó á ver en lontananza una lucecilla: creyó que soñaba y se palpó por todas partes hasta que se convenció de que estaba despierto; pero nueva duda asaltó á su imaginación, pensando que era alucinación de la vista. Se restregó los ojos varias veces y persuadido de que era realmente una luz la que venía á su encuentro, se puso de hinojos y dió de lo más hondo de su alma gracias á Dios por aquella gran merced: no perdía de vista la luz que se iba acercando, hasta que distinguió bien la figura humana que la traía; entonces se puso en pie, mediante un esfuerzo supremo, y se ocultó en un resquicio de la roca, para

que no se asustase con su extraña figura el operario. Cuando este llegó echóle el labriego los brazos al cuello por detrás y le dijo, deshecho en llanto y con voz apagada y cavernosa:

—¡Hermanito, no me deje usted por amor de Dios!

Sorprendido el operario, creyendo que aquel esqueleto era cosa del otro mundo, quiso correr; pero el miedo le plantó de firme en el suelo, á pesar de que era un gambusino de mucho aliento, y no hizo más que arrojar la luz, quedándose enteramente á obscuras; por lo que el palurdo añadió sollozando:

—¿Qué hace usted hermanito? ¿Cómo saldremos ahora de aquí?

—¿Pero, de veras es usted de este mundo ó del otro?

—¡Soy de este mundo y estoy bautizado, hermano, compadézcame por amor de Dios!

—Pues entonces ¿por qué habla tan quedo y roneo y suena como palillos?

—Porque hace mucho tiempo que estoy aquí.

Repuesto del susto el gambusino dijo al paleta:

—Váyase bajando, que yo no he nacido para cargar muertos.

—Si estoy vivo.

—Pues mucho menos.

—Hermanito: por amor de Dios no se enfade, tenga lástima de mí y sáqueme de esta obscuridad.

—Bueno, veamos quien es usted.

Encendió un cerillo el gambusino y se asustó de nuevo al ver aquel ser humano convertido en esqueleto viviente; volvió, sin embargo, á recobrar su serenidad y dirigiéndole frases cariñosas comenzó á desprenderse aquel puñado de huesos que se le había asido fuertemente á la espalda: se des-
 eñó el cotense, puso sobre él al esqueleto, silvó con un pito y luego fueron llegando algunos operarios con velas encendidas á aquel sitio, quedándose todos absortos en presencia del

prodigio; pero pasado el estupor comenzaron á dirigir preguntas atropelladamente al enfermo.

Entonces el gambusino que era minero de cuarto y por lo mismo tenía gran autoridad sobre los operarios, les mandó que se callasen, que envolvieran al labriego en un sarape y le fuesen subiendo poco á poco por las escaleras, hasta la bartolina, sin molestarle.

El minero dió aviso por el cable de lo ocurrido al Director y cuando el esqueleto llegó á la bartolina ya le esperaban allí los médicos de Fresnillo, quienes, después de haberle examinado, mandaron que se le envolviese en mantas calientes y se le diesen cucharadas de té por todo alimento.

Cuando el gambusino salió de la mina le recibió su mujer con tiernas caricias y él la apartó suavemente diciéndole:

—¿Qué susto me ha dado ese pelele!

—Hijito: alégrate, mira que has hecho una obra buena.

—Buena para él, pero para mí ¿quién sabe!

Las autoridades y las personas principales de Fresnillo estaban aquella tarde en Beleña recogiendo noticias; por las cuales se supo, según las memorias, que aquel infeliz estuvo *veintidós días enterrado en vida*.

Entre los concurrentes de Beleña estaba una viejecita infeliz, partiendo el corazón con sus lamentos: ¡era la pobre madre del esqueleto!

Las damas principales de la población mandaban diariamente la comida para el enfermo y su madre; y los médicos no dejaban de visitarle.

A los quince días le dieron de alta: algunas señoras fueron en sus carruajes á sacarle de la mina para llevarle al Santuario del Señor de Plateros á dar gracias por la merced recibida.

Iban delante las señoras en sus carruajes y cerraba la comitiva un carruaje con el campesino y su madre, vestidos decentemente por aquellas damas cristianas y caritativas.